

*Breve guía de la literatura griega
desde Hesíodo hasta Pletón*

Juan Signes Codoñer

*Breve guía de la literatura griega
desde Hesíodo hasta Pletón*

CÁTEDRA

CRÍTICA Y ESTUDIOS LITERARIOS

1.ª edición, 2019

Ilustración de cubierta: Lawrence Alma-Tadema, *El poeta favorito* (1888)

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Juan Signes Codoñer, 2019
© Ediciones Cátedra (Gupo Anaya, S. A.), 2019
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
Depósito legal: M. 25.798-2019
ISBN: 978-84-376-4055-6
Printed in Spain

Índice

| | |
|---|-----|
| PRESENTACIÓN | 11 |
| I. CRONOLOGÍA. De Hesíodo a Pletón: ¿dos milenios de literatura griega? | 15 |
| 1. El comienzo de la literatura griega | 15 |
| 2. La literatura griega tras los clásicos: ¿una decadencia sin fin? | 18 |
| 3. ¿Acaba la literatura griega con la llegada del cristianismo? | 23 |
| 4. La crisis del griego clásico en los «siglos oscuros» de Bizancio (siglos VII-VIII) | 27 |
| 5. Lo que la literatura bizantina aporta al estudio de la literatura griega | 32 |
| 6. Hacia una periodización de la literatura griega | 37 |
| 7. El fin de la literatura griega | 56 |
| II. LENGUA Y GRAMÁTICA. El griego de la literatura griega | 61 |
| 1. ¿Se define una literatura por su lengua? | 61 |
| 2. La convergencia de las tradiciones literarias de las tribus griegas | 65 |
| 3. Sobre la perfección del griego clásico y su similitud con el latín | 73 |
| 4. La estandarización del griego literario | 79 |
| 5. La difícil imitación del griego clásico | 85 |
| 6. El griego de los cristianos | 88 |
| 7. La diglosia (o triglosia) bizantina | 93 |
| 8. La emergencia de los dialectos y la ruptura de la unidad de la literatura griega | 102 |

| | |
|--|-----|
| III. IDENTIDAD. El helenismo de la literatura griega: entre etnia y cultura | 113 |
| 1. La identidad étnica de los autores griegos: ¿una pregunta legítima? | 113 |
| 2. <i>Ex oriente lux</i> : las tribus griegas y Oriente en los orígenes de la literatura | 119 |
| 3. El regreso a Oriente: el crisol helenístico | 129 |
| 4. Dos lenguas y una cultura: la simbiosis del mundo grecorromano | 139 |
| 5. La «Commonwealth» bizantina (siglos IV-X) | 154 |
| IV. ORALIDAD. La literatura griega sin letras: aladas palabras y divino canto | 167 |
| 1. La oralidad de la literatura o la literatura sin textos escritos | 167 |
| 2. La datación de la obra de Homero y el tirano Pisístrato de Atenas | 170 |
| 3. En el principio era el verbo: de Hesíodo a Píndaro | 178 |
| 4. El espectáculo total: el teatro | 186 |
| 5. Los orígenes de la prosa: de la filosofía a la oratoria | 193 |
| 6. Poesía y teatro en época helenística | 204 |
| 7. Oratoria y filosofía en época imperial y bizantina | 211 |
| 8. Liturgia, drama y poesía popular en Bizancio | 219 |
| V. POÉTICA Y RETÓRICA. La teoría literaria de los griegos | 227 |
| 1. ¿Existió una «poética» griega? | 227 |
| 2. La crítica a la poesía y el nacimiento de una «literatura» en prosa | 235 |
| 3. La tradición retórica y la literatura | 246 |
| 4. Entre gramática y retórica: los <i>progymnasmata</i> | 258 |
| VI. GÉNEROS LITERARIOS. La clasificación de la literatura | 271 |
| 1. Métrica cuantitativa vs. métrica acentual | 271 |
| 2. Géneros poéticos: la clasificación de Proclo | 282 |
| 3. ¿Una clasificación temática de la poesía griega? | 288 |
| 4. La poesía bizantina: una pequeña panorámica sobre los géneros | 293 |
| 5. Pero ¿hay géneros en prosa? | 297 |
| 6. Los géneros históricos | 304 |
| 7. La oratoria demostrativa y la prosa literaria en el siglo IV a.C. | 329 |
| 8. Cuatro polígrafos griegos | 335 |
| 9. Literatura científica (Inmaculada Pérez Martín) | 358 |

| | |
|---|-----|
| VII. TRANSMISIÓN. Entre el accidente y la selección | 377 |
| 1. ¿Los restos de un naufragio? Los vaivenes de la transmisión | 377 |
| 2. Antes de los «clásicos»: papiros y bibliotecas en los siglos VIII-IV a.C. | 382 |
| 3. La edad del rollo: lectores y público en época helenística e imperial | 397 |
| 4. Cómo editar la obra de un maestro: el caso de las <i>Enéadas</i> de Plotino | 409 |
| 5. Las gentes del «libro» y los clásicos | 414 |
| 6. La crisis del mundo antiguo y el primer renacimiento bizantino | 421 |
| 7. Del papel a la imprenta: de los Comnenos al humanismo italiano (Inmaculada Pérez Martín) | 432 |
| VIII. TRADICIÓN CLÁSICA. La historia interminable | 451 |
| IX. BIBLIOGRAFÍA. Un recorrido por manuales de literatura griega de los últimos 40 años | 457 |
| ÍNDICE ONOMÁSTICO DE AUTORES GRIEGOS | 491 |
| ÍNDICE ONOMÁSTICO DE AUTORES LATINOS..... | 505 |

Presentación

El propósito del presente libro es cubrir un vacío en los manuales de literatura griega actualmente existentes. Estos se centran en gran medida en presentar obras y autores y aunque también abordan las características definitorias de la literatura de un periodo, rara vez intentan entender el hecho literario en sí desde la perspectiva de una serie de factores como son los modelos de lengua, la identidad de los autores, la oralidad, los códigos poéticos y retóricos, los géneros literarios o la transmisión, aspectos estos transversales que abordaremos en esta obra en sucesivos capítulos. Incluso la cronología, fundamental en cualquier historia de la literatura, suele ser tratada de manera lateral y con evidente desequilibrio, pues se da prioridad al periodo clásico y se trata de manera más concisa a los posteriores, más por razones de tradición y canon que de acuerdo con criterios filológicos objetivos. Ningún manual aborda el periodo bizantino, siquiera someramente, junto con la literatura griega de la Antigüedad.

Nosotros, por el contrario, estamos convencidos de que la tradición literaria griega es una sola, con todos los cambios y altibajos que se quiera, desde que aparece la gran literatura con Hesíodo en el siglo VII a.C. hasta que se cierra con la caída de Constantinopla en 1453, un año después de la muerte del gran filósofo bizantino Jorge Gemisto «Pletón», maestro de muchos humanistas griegos que llevaron la semilla del Helenismo a Italia y Europa. Es el largo plazo, el análisis de la evolución de la literatura griega en estos dos largos milenios, el que permite entender las especificidades de cada periodo y de cada autor por la naturaleza de la literatura que le precede y le sigue.

No hemos pretendido tanto hacer un manual de consulta o referencia, que habría requerido varios volúmenes y un equipo interna-

cional, cuanto una obra que proporcionara al estudiante y al aficionado una serie de criterios básicos que le orientaran en el momento de adentrarse en la espesa selva de la literatura griega y permitieran así entender los meandros por los que discurrió a lo largo de los siglos. Para ello hemos combinado reflexiones generales con ejemplos concretos, seleccionados de entre los muchos posibles para que pudieran ilustrar de modo práctico las cuestiones abordadas. Proporcionamos siempre la versión castellana y hemos relegado el texto griego a notas, para facilitar la lectura a los lectores que no conocen la lengua.

Hemos renunciado por completo a la bibliografía, pues ello habría hecho imposible la redacción de este trabajo. Únicamente incluimos las referencias a las ediciones de textos cuando hacemos una cita de un autor o cuando la obra mencionada es de difícil localización. También, y muy excepcionalmente, referimos estudios de investigadores modernos, especialmente cuando comentamos de manera específica sus aportaciones en el cuerpo del texto.

El libro es en buena parte resultado de las reflexiones que me ha provocado la docencia de la asignatura de «Literatura griega» en la Universidad de Valladolid, que llevo impartiendo desde el año 2011 en el primer semestre de cada curso, primero como parte de una asignatura anual dedicada a la literatura clásica y luego como asignatura obligatoria independiente en el tercer curso del grado de *Estudios clásicos*. La dificultad de explicar en tan breve lapso de tiempo (unas catorce semanas) los fundamentos de la producción literaria de los griegos me llevó desde un principio a adoptar estrategias de exposición muy similares a las seguidas en este manual y con las que, con mayor o menor fortuna, he intentado durante estos años transmitir a los alumnos una visión de conjunto de lo que significaba el hecho literario entre los griegos antiguos y medievales a lo largo de los siglos. Este esfuerzo didáctico es pues en gran medida responsable de los énfasis del libro y de su actual estructuración en capítulos.

Pero el libro no es solo resultado de una confrontación constante de los argumentos del profesor con los alumnos en el aula, sino que responde además a uno de los objetivos prioritarios que nos marcamos en el grupo de investigación *El autor bizantino*, como es el de debatir y estudiar los procedimientos de copia y apropiación de modelos que fundamentan todas las tradiciones literarias¹. Muchas

¹ El proyecto ha obtenido financiación del Ministerio para los años 2015-2019 (referencia FFU2015-65118-C2-1-P), gracias a la cual ha sido posible la redacción de la presente obra.

de las cuestiones planteadas en este trabajo han sido objeto de discusión con miembros del equipo a los que doy aquí expresamente las gracias por haberme salvado de algunos errores e imprecisiones, aunque los errores que permanezcan en el libro son, obviamente, de mi exclusiva responsabilidad. Mencionaré sobre todo a Begoña Ortega Villaro, Alfonso Vives Cuesta e Inmaculada Pérez Martín, que leyeron y revisaron cada uno de ellos diversos capítulos del libro. Inmaculada Pérez Martín es además la autora de dos cortas pero cruciales secciones del libro (los capítulos VI.9 y VII.7).

Quiero dedicar el volumen a *Escuela con clásicos*, un movimiento surgido en España en la primavera del 2018 a favor de la defensa de la enseñanza del Griego en los centros de Enseñanza Secundaria, seriamente amenazada por la indefensión en la que ha quedado en el actual marco normativo.

I. CRONOLOGÍA

De Hesíodo a Pletón: ¿dos milenios de literatura griega?

1. EL COMIENZO DE LA LITERATURA GRIEGA

Para valorar los comienzos de la literatura griega tenemos necesariamente que partir de la propia etimología de la palabra castellana «literatura», relacionada con las «letras» (*litterae* en latín) y por lo tanto con la escritura. Aunque abordaremos el problema de la llamada «literatura oral» en el **capítulo IV**, es evidente que como estudiosos del pasado no podemos trabajar más que con textos y a partir de ellos valorar la literatura de cada periodo. Cuando decimos por lo tanto que la literatura griega comienza en el siglo VIII a.C. (que es cuando los griegos empiezan a utilizar el alfabeto fenicio para escribir su lengua), no es porque antes no hubiera poesía, sino porque no nos quedan registros directos de ella con anterioridad a esta fecha, al ser fundamentalmente oral. Desgraciadamente, aunque la escritura de los griegos micénicos del II milenio a.C., el silabario llamado lineal B¹, nos ha proporcionado valiosos documentos e inventarios

¹ Este sistema de escritura deriva del lineal A, utilizado por la civilización minoica que tenía su centro en Creta. Michael Ventris con la ayuda de John Chadwick, descifró el lineal B como griego en 1952, pero hasta la fecha el lineal A se ha resistido a toda interpretación, aunque estudios recientes de ADN parecen vincular a los autóctonos cretenses con las poblaciones anatólicas descendientes de los antiguos habitantes neolíticos, lo que quizás abre una puerta al futuro desciframiento de la lengua.

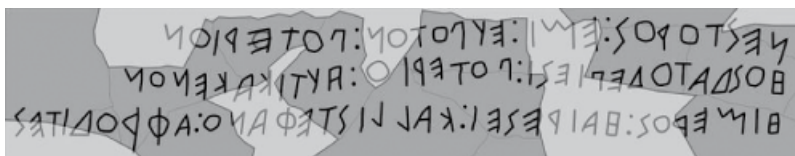
escritos en griego (entre 1425-1190 a.C.), estos textos nada tienen que ver con literatura y sí con la intendencia de los palacios de la cultura micénica. Cualquier estudio de la literatura griega comienza, por lo tanto, con el reingreso de los griegos en la historia en el siglo VIII a.C., después de los llamados «siglos oscuros» (XI-IX a.C.) en los que, tras el colapso de la civilización micénica, se perdió casi todo rastro de la escritura en territorio griego².

Tradicionalmente la literatura griega suele iniciarse con la obra de Homero, concretamente con sus dos monumentales textos épicos, la *Iliada* y la *Odisea*, cuya datación se ha hecho coincidir con la propia aparición de la escritura alfabética griega en el siglo VIII a.C. El capítulo dedicado a Homero encabeza todos los manuales de literatura griega, sin excepción, hasta hoy. Una de las pruebas más repetidas de la antigüedad de los poemas homéricos es una inscripción encontrada en la isla italiana de Ischia, la antigua Pithecusas (Πιθηκοῦσσαι, «la isla de los monos»), situada frente a la bahía de Nápoles, que albergó una colonia de la isla griega de Eubea desde ca. 770 a.C. En las excavaciones realizadas en Ischia por Giorgio Buchner en 1954 se encontró, como ajuar funerario de un adolescente, restos de una cótula (κοτύλη, copa para beber, con dos asas) manufacturada en Rodas, que incluían un texto inciso en griego de tres líneas, escrito en alfabeto eubeo. El texto, pese a conservarse fragmentariamente, era perfectamente legible. Orientándolo de izquierda a derecha (la dirección usual de escritura en griego a partir del siglo VII a.C.) ofrecería el siguiente texto, en el que marcamos en corchetes las partes desaparecidas, que solo plantean dudas en la segunda palabra de la línea inicial³:

ΝΕΣΤΟΡΟΣ:[...]:ΕΥΠΙΟΤ[ΟΝ]:ΠΟΤΕΡΙΟ[Ν]
 ΗΟΣΔΑΤΟΔΕΠ[ΙΕΣΣ]Ι:ΠΟΤΕΡΙ[Ο]:ΑΥΤΙΚΑΚΕΝΟΝ
 ΗΙΜΕΡ[ΟΣ ΗΑΙΡ]ΕΞΕΙ:ΚΑΛΛΙΣΤ[ΕΦΑΝ]Ο:ΑΦΡΟΔΙΤΕΣ

² Decimos «casi» porque el silabario chipriota, descendiente de la escritura micénica, se mantuvo en uso en Chipre hasta el siglo IV a.C., momento en el que fue definitivamente desplazado por el alfabeto griego. Esto supone que durante los «siglos oscuros» el silabario micénico debió de continuar en uso en Chipre, aunque no nos ha llegado ningún resto de escritura de ese periodo.

³ Para esta primera línea véase recientemente Y. Gerhard, «La coupe de Nestor: reconstitution du vers 1», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, 176 (2011), 7-9.



1. Una de las reconstrucciones de la copa de Néstor de Pitecusas (los fragmentos perdidos están en gris claro).

Las dos líneas finales de la inscripción, en realidad un grafito inciso después de la cocción, son hexámetros dactílicos, el mismo metro usado en la épica homérica⁴. Podemos traducirla como «De Néstor [...] una copa fácil de beber, pero quien beba de esta copa, al punto será presa del deseo de Afrodita, de hermosa corona». La inscripción se dató en torno al 725-720 a.C. por el contexto arqueológico y se convirtió pronto en la primera «cita literaria» de la historia pues se consideró que el pasaje hacía referencia a nuestro texto de *Iliada* 11.632-643. Allí se menciona una pesada copa (δέπας) de cuatro asas y tachonada con clavos y palomas de oro, que Néstor, rey de Pilos, ha llevado a Troya y que solo él levanta con facilidad; en la copa vierte su sirvienta Hecamede vino con queso rallado y harina para que beban de ella los presentes. La alusión, de ser cierta, sería en tono paródico, ya que es evidente que la pequeña vasija de barro que alberga la inscripción nada tiene que ver con la lujosa y gran vasija citada en el poema de Homero.

No obstante, y pese a la insistencia de la mayoría de la crítica, la inscripción no tiene por qué ser una alusión al mencionado pasaje de la *Iliada* ni prueba que la obra de Homero existiera ya a finales del siglo VIII a.C. en la forma en que ahora la conocemos. Hay, para empezar, problemas con aludir a la copa mencionada en la *Iliada* como εὔποτον («fácil de beber»), una característica que más bien debería ir referida a la vasija de barro de Pitecusas. Por otra parte, la copa de Néstor en la *Iliada* aparece mencionada de forma secundaria e incidental, sin que se entienda la razón de una alusión literaria a ella en los términos en los que aparece en la inscripción, que se refiere al efecto estimulante del vino que contiene. A esto deben añadirse consideraciones externas, relacionadas con el contexto cultural del siglo VIII (sobre las que volveremos en el **capítulo IV**) que

⁴ Para los metros griegos véase **capítulo VI.1**.

nos indican que en aquella época no circulaban libros (bajo la forma de rollos) de la extensión de Homero y que, de haber una alusión a Homero, no sería al *texto* de Homero tal como se ha preservado en papiros helenísticos y manuscritos bizantinos, sino, si acaso, a alguna *versión oral* de su obra. Una vez que admitimos esto, sin embargo, la conclusión se impone por sí misma de que en la tradición épica circulaba alguna historia relativa a una copa de Néstor a la que alude la inscripción y de la que el episodio de *Íliada* 11 no tiene por qué ser siquiera un reflejo. Dicho de otro modo: la inscripción pasa de ser una alusión a Homero a convertirse en el poema más antiguo de la literatura griega y un buen comienzo —épico, diríamos, por la forma métrica del texto— para una tradición literaria de milenaria duración.

Poco después de esta inscripción, en la primera mitad del siglo VII a.C., empiezan a aparecer los primeros nombres de la literatura griega. Algunos poseen un perfil biográfico más o menos definido, como Hesíodo, poeta beocio⁵, o Arquíloco de Paros, mientras que de otros, como Alcmán o Calino, apenas sabemos más que los nombres y las ciudades (en este caso respectivamente Esparta y Éfeso) en las que alcanzaron la fama. Hay incluso otros, como Orfeo y el propio Homero, que son meras figuras legendarias, por más que los antiguos griegos hicieran derivar de ellos tradiciones poéticas e intentaran recrear sus biografías.

2. LA LITERATURA GRIEGA TRAS LOS CLÁSICOS:

¿UNA DECADENCIA SIN FIN?

Pero si el principio de la literatura griega lo podemos datar de forma simbólica con esta inscripción de Pithecusas, ¿dónde pondremos su final? Por lo general este se sitúa en el fin de la Antigüedad misma, una fecha sobre la que ahora mismo no hay acuerdo entre los estudiosos, pero que en los cálculos más tradicionales se situaba en el siglo III d.C., como consecuencia de la crisis territorial que estalló en el Imperio Romano y que lleva el nombre de este siglo: «la crisis del siglo III». Hasta entonces, supuestamente, los escritores griegos habrían sido fieles a los modelos literarios heredados de la época clásica.

⁵ Para Hesíodo véanse **capítulos III.2 y IV.3.**

Pero no se trata solo de una cuestión de fechas, sino de ver qué criterios nos llevan a considerar la literatura posterior a este supuesto «fin de la Antigüedad» como merecedora de un tratamiento distinto y diferenciado con respecto a la anterior. Más aún, se trata de ver cómo los manuales de literatura juzgan la evolución de los modelos literarios a partir de la época clásica griega (siglos V-IV a.C.), pues en ellos hay patrones de cambio muy importantes que eventualmente pueden ayudarnos a entender cómo (y no solo cuándo) se produjo el final de la literatura griega.

Consideremos primero en un breve esquema los cuatro periodos tradicionales que siguen los manuales de literatura griega (de los que hablamos al final de este libro) a la hora de clasificar a los escritores y sus obras. Las fechas que damos, por siglos, son de momento aproximadas (más adelante volveremos sobre ellas). Como se ve, cada periodo dura aproximadamente 300 años, salvo el clásico, el más breve, que duraría unos 200:

| | |
|---------------------|-------------------------------------|
| Siglos VIII-VI a.C. | Literatura arcaica |
| Siglos V-IV a.C. | Literatura clásica |
| Siglos III-I a.C. | Literatura helenística |
| Siglos I-III d.C. | Literatura griega de época imperial |

Los manuales dedican a cada periodo una proporción de espacio desigual, que es marcadamente decreciente conforme se avanza en el tiempo⁶. Así, un manual como el de Albin Lesky, publicado en Berna en 1957, dedicaba el 71 por 100 del total a la literatura de las épocas arcaica y clásica (desde Homero hasta la conquista de Grecia por Macedonia a finales del siglo IV a.C.), un 19 por 100 a la literatura griega del periodo helenístico (la época de los grandes reinos griegos, que se extendieron desde Asia Central hasta Egipto, y que concluyó con la conquista de Roma) y apenas un 10 por 100 a la literatura griega de época imperial, es decir, aquella que escribieron los griegos bajo el dominio de Roma y que es previa a la cristianización del Imperio. Una proporción tan desequilibrada se halla algo corregida en manuales más recientes, pero continúa presente, y así

⁶ Referencias a los manuales citados a continuación se encontrarán en el **capítulo IX**.

la segunda edición del manual de Franco Montinari (2017), en dos volúmenes, dedica un 60 por 100 (el volumen primero) a la época clásica y un 20 por 100 (el volumen segundo, más breve) tanto a la época helenística como a la imperial⁷. Significativamente, en el reciente *Manual de la literatura griega de la Antigüedad (Handbuch der griechischen Literatur der Antike)*, editado por Bernhard Zimmermann y Antonios Rengakos (2014), la época helenística se halla en gran medida mezclada con la clásica y no hay sección dedicada a la literatura griega de época imperial. Finalmente, no está de más señalar que ningún manual (y en esto el presente libro es claramente un *unicum*) pretende integrar en esta secuencia la producción literaria bizantina.

La impresión, inevitable, que se lleva el lector de estos manuales es la de una especie de anticlímax epigonal en cuanto se aproxima a la literatura griega posterior a la época clásica: cuanto más tardío es un autor, más breve es el tratamiento que se le da. Es un modelo invertido el que se nos presenta: un comienzo glorioso con Homero, el clásico absoluto de la literatura griega, al que se dedica por lo general el más extenso y detallado de los capítulos del manual y un creciente adelgazamiento de contenidos conforme se avanza en el tiempo. Sería difícil encontrar paralelos en otras historias de la literatura, incluso en la latina, donde por lo general los primeros capítulos abordan los orígenes fragmentarios y balbuceantes de la literatura y se avanza de manera inexorable hacia los clásicos. Aquí el proceso se invierte, como en una pirámide, y la historia se escribe desde el clásico fundacional (Homero) en una exposición que en un primer momento es detallada (época clásica) y luego pasa a ser sintética. ¿Cuál es la razón de este modelo tan anómalo?

Podría pensarse que la literatura griega avanza por consunción desde una época gloriosa a otra menos original, más mimética y que esa es la razón del proceder de los manuales de historia de la literatura griega, que no harían sino reflejar esta decadencia literaria, dando a los autores tardíos menos espacio que a los más antiguos, los clásicos absolutos. Este proceder estaría pues justificado y dejaría de alguna manera abierto el final de la literatura griega. No obstante, la realidad es que el volumen de textos que nos ha transmitido la época imperial es mucho mayor que el de la época clásica (véase

⁷ En realidad el desequilibrio es mayor de lo que parece ya que Montinari abarca en la época imperial no solo a autores de los siglos I-III d.C., sino también de los siglos IV-VI d.C., un periodo total, por lo tanto, de 600 años.

el **capítulo VII.1**) y que, por lo tanto, no puede hablarse en ningún caso de crisis de la literatura griega en los siglos I-III d.C.: ciertamente, los griegos no eran entonces súbditos de ciudades estado libres o de grandes reyes helenísticos, sino que vivían dentro del Imperio Romano, pero seguían produciendo literatura y escribiendo en griego, y ello además en un volumen inusitado y con una competencia y calidad incuestionables. ¿Por qué entonces a más volumen de textos corresponde un más sucinto tratamiento?

Las razones de este proceder son varias pero deben buscarse en la historia más reciente de la Filología Clásica. Como se sabe, los clásicos griegos se perdieron en el Occidente de Europa durante la larga Edad Media, aproximadamente entre los siglos VI y XIV, cuando el conocimiento del griego antiguo estaba reservado a muy pocas personas y estas dirigían por lo general sus intereses hacia textos cristianos. Cuando, sobre todo a partir del año 1400, los textos griegos llegaron físicamente (en manuscritos) a Italia y al resto de la Europa de tradición latina, los humanistas empezaron a interpretarlos gracias a la ayuda de los bizantinos que les enseñaron no solo la gramática, sino las bases teóricas de la exégesis literaria (no en vano la primera retórica moderna fue compuesta por un bizantino, Jorge de Trebisonda ca. 1433-1434: los *Rhetoricorum libri quinque*). Como consecuencia de ello, los humanistas tuvieron una visión continuada de la tradición literaria griega, desde sus orígenes en Homero hasta el fin de la época bizantina (marcado por la conquista turca de Constantinopla en 1453). Un simple vistazo a las bibliotecas de los humanistas y a la labor de la primera imprenta griega permite apreciar claramente la idea de continuidad que a ojos de los humanistas representaban los dos milenios previos de literatura griega. Aunque los autores clásicos gozaban de mucho más favor, convivían con autores más tardíos y cristianos, incluso bizantinos, sin sensación de ruptura.

La apreciación de la literatura griega cambió, sin embargo, con la idealización del pasado griego que lentamente se impuso en el siglo XVIII y que triunfó con el romanticismo y la época de las revoluciones, que valoró de manera especial la literatura griega de época clásica por ser la época de la democracia ateniense, que servía de modelo e inspiración a los ilustrados y revolucionarios. Eso tuvo como consecuencia un cierto desdén por la producción literaria posterior a Alejandro Magno. Ciertamente ya Johann Gustav Droysen, con su *Historia del Hellenismo* (*Geschichte des Hellenismus* en tres volúmenes publicados entre 1833 y 1843), reivindicó el periodo pos-

terior de la cultura griega (que hoy convencionalmente llamamos «helenístico») como crucial en la historia cultural occidental en la medida en que había abierto el camino a Roma en un proceso de interacción que comentaremos brevemente en el **capítulo III.4**. Pero las especialidades de Filología Clásica que se fueron creando en los centros académicos y universitarios durante todo el siglo XIX en Alemania y en Europa dieron prioridad al estudio de la literatura clásica griega, creándose incluso un canon de autores clásicos de obligado estudio en las carreras superiores, con exclusión de autores helenísticos o imperiales, que recibieron una atención instrumental y secundaria, generalmente como vía de acceso a los grandes clásicos. La identidad incluso racial entre Alemania y los antiguos griegos «arios» (sobre todo dorios) favoreció esta comunión con los modelos clásicos por encima de autores de época tardías, en las que los griegos se mezclaron con otros pueblos de Oriente, en su gran mayoría semitas.

La crisis del modelo alemán tras la Segunda Guerra Mundial, fue unida, más que a una revisión de este concepto, a una crisis de la Filología Clásica como tal que en muchos casos fue progresivamente relegada dentro del sistema educativo. La creciente complejidad y dificultad de los estudios conllevó, ciertamente, una creciente especialización de los estudiosos y la aparición de abundantes monografías y estudios sobre la literatura griega «tardía», que desde la perspectiva del siglo XIX incluía las literaturas helenística e imperial. Sin embargo, aunque autores «tardíos» empezaron a estudiarse ahora al mismo nivel que los clásicos en las cátedras universitarias, la idea de subordinación continúa viva hoy tanto por el predominio absoluto de autores clásicos en los planes de estudios de Filología Clásica de toda Europa cuanto por la idea de que un filólogo griego que se precie no puede prescindir de un conocimiento de los clásicos pero sí de los autores helenísticos y tardíos.

La razón última de esta situación está en la concepción de la literatura como un proceso de imitación constante de modelos en el que, obviamente, estos tienen prioridad sobre las copias. Esta concepción, heredera del genio y «originalidad» absoluta propia de los románticos (y que abordaremos con algo más de detalle en el **capítulo V** al hablar de la retórica), tuvo como corolario lógico la subordinación de los autores tardíos al «canon» de los clásicos anterior a la época helenística. De ahí que los manuales, sin excepción, «adelgacen» la historia de la literatura griega tanto más intensamente cuanto más se aleja de los clásicos. Hay en ello, obviamente, un

prejuicio estético, el mismo que ha llevado a generaciones de helenistas a considerar epigonal y secundaria la literatura latina por estar inspirada en modelos griegos. Y es ese prejuicio el que crea el modelo de pirámide invertida que estamos apreciando en los manuales de literatura. Esta aproximación es ciega al hecho de que las tradiciones literarias no empobrecen sino que enriquecen los códigos literarios (algo de lo que es prueba evidente nuestro Siglo de Oro barroco) y hace por ello una gran injusticia a las grandes obras de la literatura griega posteriores a Alejandro Magno. Solo cuando los presupuestos estéticos cambien habrá posibilidad de que las historias de la literatura griega sean más «equitativas» con cada correspondiente periodo, valorando la literatura de cada época en función de sus propios presupuestos y no de acuerdo con estrechas nociones de originalidad o copia que solo contribuyen a revalorizar los modelos y descalificar como decadentes las innovaciones. El creciente interés actual por la intertextualidad y los procesos de reescritura y apropiación (¿no vivimos acaso una época de juego con los modelos?) hace pensar que quizás el camino para una correcta apreciación de la literatura helenística e imperial, al mismo nivel de la clásica, sea más fácil ahora, a comienzos del siglo XXI, que lo que lo fue hace apenas un par de décadas. En todo caso, parece claro que no conviene seguir el modelo de la pirámide invertida a la hora de fijar un final a la literatura griega que parecería más obtenido por una dinámica interna de consunción y agotamiento que por el cambio de modelo.

3. ¿ACABA LA LITERATURA GRIEGA CON LA LLEGADA DEL CRISTIANISMO?

Una vez que hemos descartado como criterio válido para juzgar el fin de la literatura griega el creciente alejamiento en el tiempo de los modelos antiguos (tomados como referencia estética básica y primordial), podemos prestar atención a otro de los criterios más frecuentes para fechar el final de la tradición literaria griega: la irrupción de la literatura cristiana.

Como es sabido, cuando el emperador Constantino I el Grande, después de unificar el Imperio Romano tras una larga guerra civil, convoca el concilio de Nicea en el año 325, inicia una profunda transformación ideológica bajo la égida del cristianismo. Esta transformación corrió pareja tanto con un proceso de centralización de la administración y de la fiscalidad (con legiones de funcionarios)

puesto en marcha por el predecesor de Constantino, Diocleciano (284-305), como con un traslado del centro de decisión política y económica del Imperio al Oriente griego, concretamente a Constantinopla (inaugurada como nueva capital en el 330). Dicho de otro modo, el abandono del sistema del *Principado*, que rigió los destinos de Roma desde la época de Augusto y estaba basado en la concentración de los poderes republicanos en la figura de un *princeps* que era a la vez *imperator*, así como el consiguiente paso al sistema del *Dominado*, más próximo al del absolutismo moderno y en el que la nueva capital permanente, Constantinopla, debía concentrar todo el peso de la poderosa administración del Imperio, fue acompañado por un cambio de religión y mentalidad, representado por el cristianismo. Significativamente, sin embargo, es en el cristianismo y no en las transformaciones políticas y económicas en el que las historias de la literatura griega ponen el acento para señalar el cambio de ciclo. La idea que permea a esta visión es la de que la literatura griega que sucede a la «conversión» de Constantino (marcada sobre todo por el edicto de tolerancia de Milán del 313, que publicó junto con su colega de Oriente Licinio) parte de presupuestos totalmente distintos de la literatura griega anterior y por lo tanto merece un tratamiento aparte.

La idea de cambio de modelos es innegable pero lo que sí quizás sea cuestionable es que el corte sea mayor que el que condujo de unos modelos de literatura básicamente oral, como los que predominaban en época arcaica, a otros de una literatura de escuela, basada en retórica y gramática, como los seguidos en época helenística, aspectos estos que abordaremos en el **capítulo IV**. Es más, a diferencia de lo que supuso el corte entre el periodo clásico y el periodo helenístico, la lengua clásica griega siguió siendo el hilo conductor de la literatura desde la conversión de Constantino casi hasta el propio fin de Bizancio en el siglo xv, aunque admitió con ella progresivamente otros niveles de lengua hasta conformar la triglosia bizantina de la que hablaremos en el **capítulo II.7**. Es decir, es evidente que los modelos literarios cambiaron y, sobre todo, se diversificaron al cristianizarse el Imperio, pero ¿fueron esos cambios tan importantes desde el punto de vista de la literatura como para considerar el nuevo periodo que se inicia con el siglo iv d.C. fuera del campo de interés de la literatura griega? Entiéndase que lo que estamos valorando no es tanto el cambio de sociedad (que sí fue muy importante y marcó un claro corte) cuanto la profundidad del cambio de modelo literario, que es algo distinto.

Aunque hay cada vez más defensores de lo que podríamos llamar «continuidad en el cambio», a la hora de referirnos al comienzo del nuevo periodo predominan todavía las visiones, de las que son reflejo los manuales, que excluyen a los escritores griegos posteriores al siglo IV d.C. de las historias de la literatura griega. Al hacer esto, los autores de estos manuales actúan sin duda movidos por la lógica necesidad de acotar el ingente volumen de textos objeto de su estudio. Pero el momento histórico que escogen para poner fin a su exposición crea algunos problemas:

1) Excluye de las historias de la literatura griega la producción escrita clasicista de los siglos IV al VI d.C. Se trata no solo de un periodo de trescientos años nada desdeñable, sino de uno de gran actividad intelectual de los escritores griegos clasicistas, muchos de ellos paganos, que produjeron un volumen importantísimo de textos en ámbitos tan dispares como la historiografía (Eunapio de Sardes, Zósimo, Procopio...), la oratoria (Juliano el Apóstata, Libanio, Temistio...), la poesía (Agatías) o la filosofía (Proclo, Simplicio, Damascio...).

2) Excluye de la literatura griega a un gran número de autores cristianos posteriores al siglo III d.C. que siguen fielmente los presupuestos de la literatura griega pagana anterior. De hecho, gran parte de la literatura cristiana de estos siglos se realiza sobre la imitación fiel de los modelos clásicos, por lo que formalmente es imposible estudiarla fuera de la tradición literaria clásica, con la que interactúan, tanto hacia el pasado (los modelos clásicos) como en el presente (sus contemporáneos paganos). Por otra parte, la distinción entre autores paganos y cristianos se antoja en muchos casos imposible. No son, en efecto, infrecuentes los casos en los que la moderna crítica acusa a determinados autores de ser en el fondo cristianos de apariencia pero paganos de convicción. Esta duda sobre su credo se ha planteado sobre todo para escritores del siglo VI, empezando por el historiador Procopio, uno de los escritores griegos más importantes de todos los tiempos, e incluyendo a sus contemporáneos Agatías (responsable de una historia y de un conjunto de epigramas de innegable sabor clásico) o Juan Lido (autor de tratados anticuarios sobre Roma). No faltan tampoco figuras complejas cuya identidad religiosa no es fácil de determinar quizás porque evolucionan a lo largo de su vida, como el platónico Sinesio de Cirene (ca. 370-414) que compuso himnos cristianos o Nono de Panópolis (s. V) autor de la última gran épica pagana de la Antigüedad, las *Dionisiacas*, pero también de una paráfrasis del evangelio de San Juan.

3) Excluye, finalmente, de las historias de la literatura griega a los autores judeo-cristianos anteriores al siglo iv en la idea de que representan una tradición literaria diferente. En esto tienen parte de razón, si lo que consideran es por ejemplo la traducción del *Antiguo testamento* de los hebreos al griego durante el reinado de Ptolomeo II (la llamada *Septuaginta*) o el propio *Nuevo Testamento* (redactado originalmente en griego), pero no si consideran a otros autores como los judíos Filón de Alejandría y Flavio Josefo, ambos del siglo i d.C. o los cristianos Clemente de Alejandría (ca. 150-211/216) y Orígenes (s. iii d.C.). Sobre estas cuestiones volveremos también, con más detalle, en el **capítulo II.6**, al abordar las cuestiones de lengua.

Como vemos, poner fin a la literatura griega de la Antigüedad en el siglo iv d.C. en función de una supuesta *cristianización* de la literatura griega, no responde a la realidad, pues plantea una distinción maniquea entre literatura pagana y cristiana que no es fácil de encajar con el panorama complejo que nos ofrecen autores y textos, cuyas identidades religiosas a veces se ocultan o se mezclan. Insistir por otra parte en la existencia de una literatura judeo-cristiana con perfil propio a partir del siglo iv d.C. es un error, precisamente cuando en ese siglo se produce la asimilación de la literatura cristiana en griego al modelo clásico y cuando es en los siglos anteriores, tanto en la época helenística (*Septuaginta*) como en la época imperial (*Nuevo Testamento*), cuando esa literatura tiene un perfil propio y más diferenciado de la tradición literaria griega. Es cierto que muchas historias de la literatura griega suelen excluir a los autores cristianos (no así a los judíos) de su exposición de la literatura griega de época imperial (o los mencionan muy sucintamente), pero esta discriminación de escritos en griego de un periodo porque responden a presupuestos literarios distintos del resto de la tradición, no parece un procedimiento justificable desde un punto de vista metodológico⁸. En realidad, pese a lo que nos dicen los manuales modernos, la

⁸ Esta misma visión es la que ha hecho que la *Colección clásica Gredos*, que ha realizado durante décadas una gran labor de difusión de traducciones de autores de la literatura griega de la Antigüedad (hasta el siglo vi), haya excluido de su catálogo a los cristianos, con excepciones muy puntuales, siempre que el texto tenga especial interés para los classicistas por su contenido o presente formalmente su obra de acuerdo con las convenciones de los géneros clásicos. Ese es el caso de dos obras de Clemente de Alejandría, el *Protréptico*, el *Pedagogo* y de la *Vida de Constantino* (el emperador) de Eusebio de Cesarea. Pero salvo estas excepciones, es la *Biblioteca de Autores Cristianos (B.A.C.)* la que publica los textos de autores cristianos de la Antigüedad, anteriores o posteriores al siglo iv d.C.

tradición literaria de la Antigüedad griega estaba en constante cambio y transformación, generando géneros y formas literarias nuevos. Pensar en una tradición literaria cerrada, propia de los griegos, hasta el fin del siglo III d.C. es algo que carece de la menor base científica y que, obviamente, no sirve para poner fin a la literatura griega en función del influjo cristiano, asimilable aquí al que los griegos recibieron de otras culturas a lo largo de la historia, y muy especialmente de Oriente Próximo, como veremos en el **capítulo III.2-3**. Finalmente, es verdad que la mentalidad cristiana transformó el mundo griego, pero desde un punto de vista histórico ese cambio fue incluso menor que el que supuso la transformación de las sociedades arcaicas griegas en el mundo clásico y helenístico. Y en cualquier caso, la transformación de una sociedad no implica necesariamente la ruptura de su tradición literaria.

4. LA CRISIS DEL GRIEGO CLÁSICO EN LOS «SIGLOS OSCUROS» DE BIZANCIO (SIGLOS VII-VIII)

Aparentemente, el criterio que podría resultar más objetivo para asignar una fecha de finalización a la literatura griega es el abandono del griego clásico como modelo de expresión de esa literatura y su sustitución por la lengua vulgar, el griego hablado, antecedente del moderno. En realidad, como veremos con cierto detalle en el **capítulo II**, la historia de la lengua griega y su uso literario es todo menos un proceso lineal y sencillo y está llena de problemas que afectan en gran medida a su definición. El griego clásico, o mejor dicho, los distintos dialectos griegos de la época clásica, se dejaron de hablar ya en época helenística, pero su uso literario continuó durante siglos. Obviamente, cuanto mayor fue la distancia entre la lengua hablada y la lengua escrita mayor fue la dificultad de los hablantes de griego para dominar el registro culto que se impuso como lengua de la literatura. Por otra parte, el uso de otros registros menos cultos, como la llamada *koiné* (κοινή, «lengua común») de época helenística, se admitió desde pronto para la expresión literaria, sin que la diferencia con el dialecto ático clásico fuera en principio muy notable. Pero, en definitiva, el griego culto siguió, con altibajos, usándose de forma habitual entre las élites y funcionarios del Imperio hasta la toma de Constantinopla por los turcos 1453, y aunque el porcentaje de textos escritos en otros niveles de lengua más bajos no dejó de crecer conforme pasaban los siglos, no se puede decir que

haya un punto de inflexión o corte con respecto al uso del modelo clásico que justifique dar por finalizado el estudio de la literatura griega en un punto histórico determinado de la Edad Media. El único corte, si acaso, se produjo a raíz de las invasiones eslavas y árabes en el siglo VII y es a él al que vamos a dedicar brevemente nuestra atención porque es de relevancia para considerar la evolución y el posible final de la literatura griega tal como se había concebido hasta entonces.

A finales del siglo VII y primeros años del VIII los ávaros, un pueblo centroasiático establecido en Panonia, invaden los Balcanes y ocupan, con la ayuda de poblaciones eslavas desplazadas, gran parte del territorio que hasta entonces controlaba el Imperio Romano de Oriente, gobernado por emperadores de habla griega desde la muerte de Justiniano en el 565. Esta situación de caos, que cortó las comunicaciones del Imperio con Occidente, se vio agravada por la política agresiva de los persas sasánidas en la frontera oriental, que desembocó en la larga guerra bizantino-sasánida del 602-628 en la que los persas llegaron a ocupar buena parte de Oriente Próximo, incluidos Egipto y Anatolia. Un asedio conjunto de Constantinopla en el 626 por ávaros y persas estuvo a punto de hacer desaparecer el Imperio, pero el emperador Heraclio supo reaccionar y organizar una contraofensiva que, dos años más tarde, puso fin a la ocupación persa del territorio por Cosroes II. Desgraciadamente, antes de que Heraclio pudiera empezar la reconstrucción del territorio imperial, el califato ortodoxo árabe, fundado años antes por Mahoma, invadió Siria y derrotó de manera aplastante a las tropas imperiales en la batalla de Yarmuk (636). El emperador Heraclio, que todavía vivió unos años más, tuvo que abandonar Siria y Egipto y establecer una barrera contra el Islam en los montes Tauro, en Anatolia. El Imperio, que hacía apenas unas décadas controlaba prácticamente todo el Mediterráneo había quedado reducido a una serie de regiones dispersas, prácticamente conectadas solo por mar, tal como muestra el mapa en la **imagen 2**.

De los territorios sombreados, ni en el norte de África ni en buena parte de Italia (salvo el sur y Sicilia) se hablaba la lengua griega. De los territorios bajo control del Imperio era sobre todo en Anatolia y Tracia donde vivían la mayoría de hablantes griegos, que se vieron en parte reforzados por la población que huía de las zonas ocupadas por los árabes. Por su parte, la población de la antigua Grecia se refugiaba en las costas y las islas, mientras que amplias zonas del interior eran ocupadas por los eslavos (incluso buena parte de la península del Peloponeso). No olvidemos tampoco que mucha



2. El Imperio Romano de Oriente a la muerte de Heraclio en el 641.

población griega siguió residiendo en las grandes urbes de Oriente, como Antioquía (en Siria) o Alejandría (en Egipto). De hecho, cuando el califato omeya se estableció en Damasco en el 661 —una ciudad de larga tradición griega (Nicolás de Damasco escribió una biografía de Augusto en griego a la muerte del emperador en el 14 d.C.)—, mantuvo la administración en griego del Imperio para gobernar sus nuevos territorios. Es solo en el siglo IX cuando la población griega cristiana, mayoritaria hasta entonces, empezó a servirse del árabe como lengua de comunicación.

Si me he detenido un poco en describir esta situación fragmentaria del Imperio y la dispersión de los grecoparlantes es para que se aprecie la dificultad que tuvo por primera vez el Imperio Romano de Oriente para mantener la cohesión entre sus territorios, que había incorporado a su dominio siglos atrás, en la época de la República, y que ahora constituían la única base de su poder tras la definitiva desaparición del Imperio en Occidente a lo largo del siglo V. Oriente, tras la muerte de Heraclio en el 641, era un conjunto de territorios distantes y heterogéneos, que apenas se mantenían cohesionados por la fe cristiana y en los que la autoridad imperial no estaba siempre presente. Para mantenerlos unidos fue precisa una reorganización profunda del aparato administrativo, con vistas a mantener su efectividad con los muy menguados recursos del Estado (las grandes ciudades de Oriente Próximo estaban en manos árabes). Esta reestructuración, sobre la que hay un gran debate entre los estudiosos, se hizo sobre las bases del Estado centralizado de Diocleciano pero, como es lógico, con una militarización de los mandos provinciales. Eso tuvo una consecuencia casi a corto plazo: la desaparición de una capa acomodada de funcionarios civiles de la que habían surgido en gran medida los autores de literatura clasicista. En efecto, las élites que habían estudiado gramática y retórica griegas para hacer carrera en la administración civil, se encontraban sin trabajo por el simple hecho de que esa administración había colapsado y eran los militares los que se hacían con el control del Estado. Si a esto añadimos el fin del comercio librario (practicado entre las grandes ciudades del Oriente helenístico desde antes de la conquista de Roma), el difícil acceso al papiro como soporte barato de la escritura (Egipto estaba en manos árabes) y la pérdida en general de población y de recursos, se puede entender que el sistema educativo de la Antigüedad, que había continuado intacto desde siglos y había sido preservado por el cristianismo, entrara en crisis. El Imperio se salvaría y, con un ejército reforzado y una potente flota, saldría victorioso

ante los dos masivos asedios que los árabes dirigieron contra la capital en 674-678 y 717. Pero la infraestructura educativa y administrativa que había sustentado la producción literaria en la Antigüedad había quedado seriamente dañada.

Como consecuencia, durante doscientos años, hasta que se produjo lo que llamamos renacimiento bizantino (siglo IX), la producción literaria griega que se ha conservado es muy escasa y está en su gran mayoría lejos de los presupuestos literarios y retóricos de la Antigüedad. Se trata en su casi totalidad de obras religiosas y, en menor medida, científicas. La crónica sustituye a la historia clasicista y la poesía clásica desaparece. Es más, el nivel de lengua de los textos bizantinos escritos en los siglos VII-VIII —entre la historia clasicista de Teofilacto Simocata (que escribe su obra en torno al 630) y la del patriarca de Constantinopla Nicéforo I (escrita tal vez en los años ochenta del siglo VIII)— está lejos de los modelos de griego culto de la Antigüedad y adopta la forma de una *koiné* baja, propia de la administración y de la predicación cristiana.

Podríamos pues establecer aquí un corte, un punto final en la historia de la literatura griega, si no fuera por una circunstancia: superada la crisis, ya al final del siglo VIII, la literatura clasicista emerge de nuevo en Bizancio, fundamentalmente en su capital, Constantinopla, sin necesidad de ayuda externa. Los textos de los autores clásicos, conservados en manuscritos (de papiro o de pergamino), empiezan a ser copiados, comentados y estudiados como en el periodo precedente (sobre estas cuestiones hablaremos en el **capítulo VII**), gracias a que cierta base de la educación antigua se ha preservado de alguna manera en algunos centros de la capital y a que los emperadores iconoclastas del siglo VIII empiezan a potenciarla de nuevo. Como consecuencia, empiezan a aparecer escritores de alto nivel, capaces de escribir en un griego clásico (fundamentalmente en dialecto ático). El proceso se ha consolidado ya a finales del siglo IX gracias a una personalidad como Focio (ca. 810/820-896), responsable de la recuperación de gran parte de los autores griegos de la Antigüedad a través de las lecturas que él y su círculo realizaron durante décadas y que se recogieron, bajo la forma de reseñas críticas y *excerpta*, en su famosa *Biblioteca*, un verdadero monumento de crítica literaria que nos informa de la actitud de los bizantinos hacia su pasado literario: muchas de las obras allí comentadas, la mayoría de época imperial, están hoy perdidas (para él véase **capítulo VI. 8**).

Ciertamente, el corte de los «siglos oscuros» bizantinos existió y en una empresa tan vasta como es la de escribir una literatura griega,

ese podría ser un buen momento para poner punto y final. De hecho no hay ninguna historia de la literatura griega que cruce este valle y alguna historia de la literatura bizantina, como la de Alexander Kazhdan, desgraciadamente inconclusa, empieza justamente su exposición a partir de los siglos oscuros. No obstante, como ya comentamos en el apartado final de este libro, este no es un buen comienzo para las historias de la literatura de época bizantina. Las bases de la literatura bizantina se ponen en el periodo tardoantiguo (que los bizantinistas denominan «protobizantino»), tras la adopción del cristianismo por el Imperio y es imposible entender la literatura bizantina sin analizar sus modelos más directos en los siglos IV-VI d.C. Es más, los autores que se estudiaban en las escuelas bizantinas siguieron siendo Homero, los oradores áticos, los grandes trágicos o Platón y Aristóteles entre los filósofos, todos ellos de época clásica, por lo que estudiar literatura bizantina desde una perspectiva que se inicie en el siglo IV d.C. es estar condenado a no entender los códigos literarios que determinan el grueso de sus obras.

5. LO QUE LA LITERATURA BIZANTINA APORTA AL ESTUDIO DE LA LITERATURA GRIEGA

Se podrá pensar que estas reflexiones previas afectan solo a los estudiosos de la literatura bizantina, mientras que, por el contrario, los estudiosos de la literatura griega podrían poner fin al estudio de la tradición literaria «antigua» en el 641 (por poner una fecha) y prescindir del estudio de la literatura griega «medieval» por representar esta un fenómeno distinto, sin incidencia en la comprensión y estudio de la tradición literaria anterior. Esta aproximación constituye también un error metodológico. En efecto, es sin duda lógico, por razones de economía de medios, que los autores de manuales de historia de la literatura, que ya se ven en grandes dificultades a la hora de ofrecer una panorámica de mil años de la literatura griega en la Antigüedad, prescindan del análisis de una literatura que dura otros mil años más y sobre la que es muy difícil obtener una adecuada competencia. Pero el estudioso de la literatura griega no puede prescindir del estudio de la literatura bizantina si no quiere ver distorsionada su percepción del hecho literario en la Antigüedad. Varias son las razones que avalan esta idea, más allá de la relativa naturaleza del corte cultural que se produjo en los «siglos oscuros» de Bizancio.